

# El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 20 DE ABRIL DE 1862.

NUM. 128.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

**SUMARIO.** Grabados.—Vista de Jalapa en el camino de Veracruz á Méjico.—Paso del río Sang-ra (Cochinchina), y toma de un puente cortado, por la vanguardia franco-española.—Vista

de una parte del Huerto de Jetsemani al pié del monte de las Olivas.—Vista de Nazareth. Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Ejércitos

en los tiempos antiguos.—Fusi-Jama, montaña sagrada.—Ensayo sobre el carácter, costumbres y espíritu de las mujeres.—Una triste epopeya.—Oda.—Sueños.—Novela.

## CRONICA DE LA SEMANA.

### EXTERIOR.

LA embajada japonesa sigue ofreciendo magnífico pábulo á la curiosidad del vulgo, pues mientras en los altos círculos se asegura que M. de Lavalette no vuelve á Roma, ó lo que es lo mismo, que el Emperador cree muy importante la permanencia del General Goyon en aquella ciudad, el pueblo, admirando el grave al par que sencillo continente de los diplomáticos de aquel imperio asiático, se entretiene haciendo deliciosos comentarios acerca de su carácter y costumbres.

Decididamente el Japon es de moda. Consagrémole por consiguiente unas pocas palabras.

Esta es la tercera embajada que aquel lejano país envía al mundo civilizado, pues la primera fué á Roma en el siglo XVI y la segunda hace muy poco tiempo á los Estados-Unidos. Las numerosas conversiones que los misioneros europeos habian conseguido entre los potentados de aquel imperio, dió lugar á que estos enviaran al Papa una embajada extraordinaria, que tardó tres años en venir de Nangasaki á Roma; permaneció ocho fuera del Japon, y á su

regreso los funcionarios que la componian, encontraron singulares mudanzas en el orden de cosas que habian dejado. Habíase rápidamente consumado una muy grave reaccion contra los europeos, provocada particularmente por el partido indígena ó retrógrado temeroso de la influencia que iban adquiriendo los extranjeros. Ingleses, holandeses y portugueses habian sido sucesivamente espulsados de aquel país: solo los holandeses habian conseguido ser confinados á un islote, y los indígenas cristianos no tuvieron otro partido que elegir entre la apostasia ó la muerte.

La segunda embajada, esto es, la que recientemente pa-

só á los Estados-Unidos, fué magníficamente recibida, y desde entonces los yankees gozan de grandes consideraciones en aquel imperio.

Respecto de la que ahora está llamando la atención de los franceses, está compuesta, segun dicen, de individuos que en su fealdad dejan muy atrás á los siameses que hasta ahora pasaban por sublimes tipos de ella. Su cutis es casi enteramente de color de cobre, y su traje se compone de una anchá túnica negra ú oscura que la mayor parte de ellos abrochan por debajo de la barba. Gastan sombrero redondo de paja, sin fondo, á manera del que usan las pastoras sui-

zas, y esto explica las dudas de algunos marineros, que al verlos desembarcar en Marsella, se preguntaban si eran hombres ó mujeres. Habiendo sobrevenido una pequeña lluvia al tiempo de desembarcar, los japoneses abrieron paraguas listados de colores amarillo, verde y azul.

El magnífico vapor inglés *Himalaya*, que ha conducido estos nobles extranjeros á Marsella, dicen que traen á bordo multitud de cajones que encierran objetos artísticos del mas escusivo mérito. Sabido es que la industria se halla muy desarrollada en el Japon, y que por lo relativo á la elaboracion del cobre, el hierro y el acero, rivaliza, sino supera, á lo mas perfecto que sale de las fábricas europeas. Háblase de magníficos sables destinados al Emperador, de tejidos de seda, y obras de porcelana y de laca que van á ofrecerse á S. M. la Emperatriz. Nótase entre los indivi-



Vista de Jalapa en el camino de Veracruz á Méjico.



duos de la embajada un atento espíritu de observación á cuanto les rodea.

Los reaccionarios de Nápoles parecían llegados á su término; mas por de pronto hé aquí parte de una reseña que constituye la correspondencia particular del *Nord* de Bruselas, con fecha del 5.

«Las poblaciones de la frontera de Fondi, en Avezzano, se hallan convenientemente fortificadas, llenas del mejor espíritu y dispuestas á resistir á las invasiones de los brigantes pontificios.

Los franceses no guardan mas que la frontera, y si no han recibido durante estos últimos dias nuevas instrucciones para batirse con las guerrillas organizadas en el interior del territorio romano, es de presumir que estas, evitando el paso de las carreteras, conseguirán lanzarse en los distritos de Gaeta, Sora y Avezzano.

Todos los bandidos reclutados en Malta se han dirigido hacia Civita-Vecchia.

Los otros 400 brigantes reunidos en Trieste por el Príncipe Petrucci, partieron el 29 de marzo para las Pullas, tocando antes en Corfú.

Todos estos brigantes están vestidos á la calabresa con sombreros puntiagudos y camisas encarnadas. Su armamento es bueno y se hallan provistos de todo.

Se han encargado otros 600 sombreros al fabricante de Trieste, que ha suministrado los que estos llevan. Entre los brigantes hay alemanes y bávaros. En Trieste se preparan nuevas expediciones.

Se han sorprendido en un viajero inglés, James Bishop, que iba de Nápoles á Roma, papeles muy importantes que han producido diversas prisiones. Segun estos papeles parece que el dia 15 debía estallar una revolucion, y que tenia muy vastas ramificaciones..... en el papel.

Las operaciones del General Franzini contra los brigantes de la Capitanata y Basilicata, reunidos desde hace un mes á las márgenes del Ofanto, han conseguido destruir en parte y dispersar el resto de aquellas feroces y por fortuna poco numerosas bandas que infestaban la frontera de las Pullas.

El 30 del próximo pasado hemos perdido en Stornarello, cerca de Ascoli, 14 caballos ligeros que cayeron en una emboscada.

Durante los tres dias siguientes las bandas fueron batidas en el bosque de la Consoloziane, en Poggio, Orsini y Monte-Carafa; y por último, se dispersaron en direccion de Manfredonia, Lacedonia y Melfi, con la pérdida de 14 individuos, de los cuales 11 han sido muertos batiéndose, y tres pasados por las armas.

Los que se dirigian á Lacedonia amenazaron caer sobre la pequeña poblacion de Trevico; pero viéndose acosados por un destacamento de 100 soldados y nacionales, han tenido que evacuar el distrito de Ariano y guarecerse en las montañas de Melfi.

De las demás provincias no se ha recibido noticia alguna digna de interés.

Con fecha 27 de marzo último remiten de Ragusa noticias acerca de la guerra turco-eslava.

A fines de enero los montenegrinos ocuparon dos poblaciones turcas situadas al Norte de Albania, y el Gobierno otomano envió á ella un considerable cuerpo de bachi-bonzos para espulsarlos, que no pudiendo emprender operacion ninguna por causa de las nieves, tuvieron que concentrarse dejando un pequeño cuerpo de observacion. Asi han permanecido las cosas hasta principios de marzo. Hará como unos quince dias que el Bajá de Scutari recibió una comunicacion en francés del Príncipe de Montenegro solicitando un armisticio. El Bajá trasmitió esta solicitud á la Puerta por medio del telégrafo, mas la contestacion no debe haber sido favorable á los deseos del Príncipe; pues precisamente desde aquella época las Autoridades turcas han desplegado la mayor actividad. Mandáronse reunir con toda prontitud 5,000 hombres, y un personaje de los mas influyentes y temibles se encargó de dirigirlos contra una de las poblaciones que seguian ocupando los montenegrinos. De los 5,000 hombres no fué posible reunir mas que la mitad en el término de tres dias, y con ellos marchó á desempeñar su mision.

Al saber este movimiento, los montenegrinos abandonaron aquel pueblo y se dirigieron á Penari, poblacion turca, pero habitada por cristianos.

El jefe que conducia las tropas turcas, despues de haber visitado las poblaciones que habian evacuado los montenegrinos, vino en persecucion de estos; mas no bien emprendió la marcha, se vió atacado repentinamente, y despues de un sangriento combate tuvo que ceder el campo.

Despues de esta victoria de los montenegrinos los bachi-bonzos cristianos no quieren batirse con sus correligionarios, y desde hace algunos dias han puesto en su bandera la cruz al lado de la media luna.

De Atenas con fecha 28 del pasado decian:

Hace ocho dias que en nada se mejora nuestra situacion. Cada dia oimos que los insurrectos de Nauplia se han sometido. Sin embargo no es cierto.

El Gobierno, á pesar del buen éxito de sus operaciones militares, ha hecho á los insurrectos toda clase de concesiones sin conseguir ningun resultado. Los insurrectos siguen firmes en su propósito, esto es, en el cambio total del Ministerio por otro que sea responsable; disolucion de la Cámara legislativa y convocacion de una Asamblea constituyente.

Sobre este programa los insurrectos de Nauplia han jurado resistir hasta el último extremo.

En el campamento real de Argolida hay muchos heridos y enfermos que el Gobierno está lejos de poder reemplazar.

Es indudablemente que el movimiento de Nauplia halla en el resto del país favorables simpatías.

Todo el mundo se pregunta con ansiedad cuál será el desenlace de estos sucesos. La nacion entera se agita convulsivamente.

La actitud de los Ministros de las tres grandes potencias protectoras es, segun dicen, enteramente neutral. Nada de positivo puede decirse, sin embargo, sobre el particular; pero esto no tranquiliza á los griegos, que cada vez se hallan mas persuadidos de que se les dejará terminar con su soberano la cuestion que los separa.

#### INTERIOR.

Las noticias que acerca de la expedicion de Méjico se leen en los diarios franceses, se refieren casi en su totalidad á las operaciones de marcha que van haciendo sus tropas.

Segun dichas noticias resulta que la columna mandada por el Almirante Jurien de la Graviere, acampó el 5 de marzo al pié del Chiquihuite; del 5 al 6 salvó ese célebre paso que los mejicanos pretenden ser inespugnable, acampando en dicho dia 6 en Potrero. Las tropas hallaron una escelente acogida en Córdoba, y el 7 entraron en Orizaba, donde salieron á recibirlos una porcion de gente á caballo, entre ella muchas señoras.

¿Ha avanzado posteriormente el General Lorencez solo con las fuerzas de su nacion á la capital de la república? A esta pregunta contesta *La Correspondencia* en los términos siguientes:

«El Gobierno de S. M. no tiene noticia de la salida del General Lorencez para Méjico con los refuerzos franceses. Creemos que la noticia sea solo una presuncion mas ó menos fundada; pero si se emprende ó se ha emprendido el movimiento contra Méjico, no serán los soldados españoles ni el General Prim los últimos en presentarse delante de las puertas de la capital republicana.»

Uno de nuestros colegas políticos, al decir «que únicamente el *Journal des Debats* y la *Presse* han creído ver contradicciones entre el hecho de aprobar el acto consumado por los preliminares de la Soledad y la continuacion de la buena armonía con Francia,» concluye afirmando que: «cuando se sepa que el Ministro español, partiendo de la base establecida en la Soledad, ha creído conveniente dirigir á su Plenipotenciario instrucciones encaminadas al estricto cumplimiento del tratado de Londres, como en su dia demostrará la lectura de los documentos, ni siquiera la prensa de oposicion francesa dejará de hacer la justicia que en vano se busca en los diarios de la oposicion española.»

El precitado *Journal des Debats* describe el carácter de nuestra expedicion á Méjico con los siguientes términos de que creemos muy conveniente tomar razon:

«A nadie se le ha ocultado que el convenio laboriosamen-

te concluido entre las tres potencias interventoras, cuidaba mas de precisar lo que no se hará, que de indicar lo que se hará en Méjico. Y, en efecto, esto era quizá lo mas fácil. Parece como si no estuviesen bien informados de lo que es, no fácil, sino posible en aquel país. Sin embargo, cualesquiera que puedan ser las dificultades de la empresa, una sencilla reflexion no nos deja la menor duda, y es que dos potencias como Francia é Inglaterra, que tienen además otros asuntos graves entre manos, no se habrán puesto en campaña con grandes gastos ni habrán empeñado ligeramente sus pabellones en una empresa inútil ó imposible.

En cuanto á la tercera potencia, la España, al traer á este asunto un ardor particular, no debia causar á nadie extrañeza. La expedicion de Méjico, improvisada por Francia é Inglaterra, estaba de mucho tiempo prevista por la España, que la preparaba sin misterio en Cuba y la tenia dispuesta á partir en el momento en que se firmara el tratado de Londres. El Gabinete de Madrid, sino estamos equivocados, dejó entender que obraria por sí solo si no se ejercia la accion por dos ó tres. Esta determinacion del Gobierno español se explica perfectamente.

Habiendo quedado España sola y última potencia colonial en el mar de las Antillas desde la emancipacion de todas las colonias esclavistas; amenazada incesantemente en la posesion de su floreciente isla de Cuba; invadida hasta en plena paz por los filibusteros de la América del Norte, tiene un interés de primer orden en procurarse en el Sur una mejor vecindad. Bajo el doble punto de vista político y comercial, España no puede sino desear á sus antiguas colonias del Continente, orden, paz y prosperidad. A toda costa el Gobierno de la Reina Isabel debe impedir que Méjico, en un dia de sorpresa y lanzado á un extremo por la miseria y la desesperacion, se eche en brazos de la democracia americana.

La Europa toda entera, cuidadosa de lo porvenir, debe velar activamente por lo que pasa al otro lado del Atlántico, y en este terreno es en el que ha debido encontrar la España la simpatía política del Gobierno imperial, y la cooperacion previsora del Gobierno británico.»

No un periódico ministerial, sino un periódico puro, segun dice *La Epoca*, publica una carta de Melilla, cuyo texto dice así:

«El 31 del pasado llegó á esta rada el vapor de S. M. *Concordia*, procedente de Tánger, con una comision del Emperador de Marruecos, compuesta de un personaje que se dice General entre ellos, llamado Fache Muhamed Bende Sid Flamen Sedi, dos Jefes mas y cuatro criados; estos desembarcaron 30,000 duros para indemnizar á los propietarios que despues de hecha la demarcacion de los límites quedan sus tierras dentro.

En dicho dia se hallaba de guardia la kabila de Beniscar, quienes se apresuraron á querer saber el objeto de la comision, y para ello vinieron algunos de los que se titulan caballeros del campo; y sabedores que traian órdenes de su Emperador, quedaron en reunirse al frente de la plaza para que, saliendo la comision, los enterase de ello.

Los Jefes moros, con poderosos fundamentos, estaban remisos en salir fuera, donde esperaban los riffiños, pues es sabido que estos no conocen mas leyes ni razones que la fuerza, y solo á ella se someten.

Mas la autoridad militar de esta plaza, que de acuerdo con los señores ingenieros comisionados para la demarcacion de los límites, agotan cuantos recursos les sugieren sus imaginaciones á fin de llevarla á cabo, luchando continuamente con esta horda de salvajes, que no respetan á nadie, con el fin de no perder tiempo para inspirar confianza á los comisionados marroquíes, consintió saliesen con ellos el segundo Ayudante de esta plaza, D. Rafael Lopez, el Escribano de guerra D. Higinio Fernandez, D. Francisco Lopez y el intérprete Sidi Sislam, como personas de garantías por sus conocimientos en el campo; llegando al sitio donde esperaban reunidos en número de 70 á 80 hombres, fueron recibidos con el mayor desprecio los marroquíes, pues ni aun siquiera se dignaron saludarles, permaneciendo todos sentados en el suelo, con sus espingardas terciadas; el general moro se sentó al lado del cabo de la guardia, y agarrándole de la mano, le hizo saber las órdenes de su Emperador para que se entregasen los límites, ofreciendo indemnizarles en



todo; á todas estas razones contestaron afirmativamente que no, en cuyo acto el jefe marroquí puso en manos del cabo de la guardia algunos escritos para que los hiciese publicar en el campo, pues era lo dispuesto por su Emperador: éste rehusó el tomarlos, mas obligado á ello, no bien lo tuvo en la mano, cuando lo trasladó á otro. Así fué recorriendo hasta que llegó al mas atrevido, y levantándose se dirigió al jefe moro y se lo entregó, manifestando que no querían ser portadores de ello, quedando en que en otra junta, que tendría lugar á un cuarto de legua de esta plaza, en el sitio llamado de Santiago, donde asistirían todas las cinco kabilas, decidirían lo que habían de hacer.

Esto, como es natural, causó disgusto á los comisionados; no tanto como debía, pues los que presenciaron la escena vieron la poca energía que les acompaña, pintándose en su semblante la desconfianza y temor que tenían á los rifeños.

A los cuatro días tuvo efecto la reunion general en el sitio de Santiago, y quedamos en el mismo estado.

Seria demasiado pesado el ir enumerando los acuerdos disparatados de dicha junta: unos están conformes en ceder la mitad, otros la tercera parte, otros piden hacer presente á la Reina se le perdone, otros que no creen las órdenes de su Emperador á no irlo de su propia boca; la mayoría, en fin, que prefieren morir en sus tierras primero que dejarlas; otros, que nada tienen, por espíritu de fanatismo quieren sostener el derecho de los demás: en suma, ni saben lo que dicen ni lo que quieren.

Sin embargo de todo, hace pocos días que esta cuestión ha tomado otro aspecto; tanto, que estamos consentidos en que la demarcacion de los límites se verificará muy en breve sin sacrificios, no debido á la embajada marroquí, que ninguna influencia ha tenido sobre ello, y sí, como dejo dicho, á la autoridad de esta plaza, que en union de los señores ingenieros comisionados, todos de mancomún, cada cual de por sí, segun les ha convenido, no han omitido medio alguno para hacer conocer á estos rifeños la necesidad y conveniencia que reportan en la entrega pacífica de los límites.

Estos moros tienen confianza en lo que les dice el Brigadier Gobernador de esta plaza; tanto que en medio de lo interesados que son, como única garantía, prefieren la firma de esta autoridad y comisionados españoles á cualquier otro documento de su Emperador.

Esto prueba el respeto y subordinacion que tienen á su soberano.

Continuamente vienen en número considerable con comestible de todas clases como nunca se ha conocido y á precios sumamente baratos, demostrando todos aprecio y distincion á los españoles. Se presentan muchos en familia solicitando ser súbditos españoles y servir en clase de soldados á la Sultana de España; algunos han sido admitidos por este Gobernador, pasándoles una racion hasta que el Gobierno determine.

Por lo dicho, vencidas tantas dificultades y puestos estos rifeños bajo un pié que no era de esperar, nos prometemos un buen éxito, y que poco á poco vayan pagando la deuda contraída, si no piensan mas adelante otra cosa, que en ellos todo es de esperar.»

F. M.

## EJÉRCITOS EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

(Continuacion.)

Varios emperadores griegos, entre otros Leon VI, el Filósofo, dejaron detalles acerca de la organizacion del ejército bizantino antes del siglo x; y estos detalles son tanto mas preciosos, cuanto que dicha organizacion se remonta á una época muy antigua.

Las *Instituciones militares* del citado Emperador nos ofrecen particularidades que vamos á extraer por suponerlas de bastante interés. El Emperador se dirige á los Gobernadores de provincia:

«Te damos, dice, la autoridad de elegir, segun antigua costumbre, Oficiales y soldados de entre las personas que juzgues mas á propósito para la guerra. En todas las comarcas sometidas á tu poder procurarás no tomar para soldados ni adolescentes ni ancianos, sino hombres desarrollados, ro-

bustos, ágiles y bien acomodados, á fin de que mientras estén en el servicio puedan tener en sus casas quien les supla en las labores del campo y en el despacho de sus asuntos domésticos, y tambien para que ellos mismos puedan adquirirse las armas y el equipo necesario. Queriendo tratar favorablemente á nuestro compañero de armas (asi denominamos al que se habrá denodadamente espuesto en la guerra por el imperio romano y la gloria de nuestro reinado), deseamos que su familia, mientras él permanezca en el servicio, sea exenta de toda carga pública, excepto la contribucion ordinaria.

Todo el ejército se dividirá en diferentes *tagmas* ó *bandas*, y estas se dividirán en *decurias*. Se formarán escuadras de cinco á diez hombres.

El General es la cabeza de todos: despues vienen los *miriarcas*, luego los *drungarios*, los *condes*, es decir, los jefes de banda; luego los *centárcos* (centuriones), los *decenarios*, los *pentarcas* y los *tetrarcas*. Los *ouragos* son los últimos de cada escuadra, se colocan á la cola, y forman la última fila. Esos son los nombres de los diversos jefes. Hay además otros encargados de cada banda como los *bandóforos* (porta-insignias), los trompetas, los médicos, los cirujanos, los clepotatos, los porta-órdenes, los que con sus gritos y palabras escitan á los soldados al combate, los escribientes y otros que ejercen diversas funciones. Todas estas denominaciones que ahora están en uso han reemplazado á las antiguas que se han abolido.

Sigue el Emperador Leon en su táctica explicando el significado de aquellas palabras: los miriarcas son los jefes de una *miriada* ó division. El drungario es el que manda una pequeña division (brigada) compuesta de *drongas*, y finalmente las *tagmas* ó bandas son mandadas por los condes.

El decenario es el jefe de una decuria, y el pentarca de cinco. La colocacion de éste en orden de batalla era en el centro de la fila, formando los ouragos la exterior.

El bandóforo era el que llevaba el estandarte ó insignia de la banda; el *lochagos* era el cabeza de fila, etc.

Seguia la táctica explicando la significacion de multitud de denominaciones, las cuales ofrecen el interés de darnos á conocer las diversas clases de servicios que se hacian en el ejército. Así es que vemos enumerados los *corredores*, cuyo principal objeto era perseguir al enemigo; los *defensores*, que manteniéndose en correcta formacion eran como la reserva de aquellos; los *medidores*, que levantaban el campamento; los *escuchas*, que á la desbandada exploraban la posicion ó movimientos del enemigo; los *guarda-flancos*; los *escriboni*, que en los momentos de combate tenian el cargo de recoger los heridos y hacerles la primera cura: los *insidiadores*, que estaban destinados á formar las emboscadas, etc.

Véanse ahora algunas de las máximas aconsejadas por aquella táctica.

Necesario es, dice, hacer de modo que las bandas no sean iguales, para que el enemigo no pueda contándolas saber á punto fijo el número de las fuerzas. Convendrá el dar á una sola banda la apariencia de dos; y esto un poco antes de empezarse la refriega, pues de esta manera se podrá imprimir terror al enemigo. De cada banda convendrá sacar dos hombres para el servicio ordinario de comunicar órdenes, y se cuidará de que sean de génio activo, de voz sonora, y que sepan diversas lenguas: asimismo se tendrán en reserva obreros de toda clase, y en especial guarnicioneros y armeros para remediar cuantas averías puedan ocurrir.

Seguirán al ejército hombres destinados á recojer cuantos objetos se pierdan en la marcha ó durante la batalla, y para entregarlos á sus legítimos dueños.

Así como la caballería tiene aposentadores y personas destinadas á llevar la cuenta de sus gastos, tambien los ha de tener la infantería para que cuiden de sus equipajes. Estos funcionarios estarán subordinados al jefe de trasportes, á cuyo cargo corre la conduccion de las máquinas y pertrechos de guerra. Las acémilas y carros pertenecientes á cada tagma, llevarán un distintivo especial de distinto color de las otras para evitar confusion. Puesto que hemos hablado de infantería, sigue diciendo la táctica de Leon, vamos á detallar su orden y composicion en la forma que la dispusieron los antiguos tácticos.

Será conveniente, si es posible, colocar los soldados, no solo segun el orden de la robustez que se les suponga, sino

que tambien con arreglo á su estatura; de manera que formando los mas altos y gruesos la primera fila, den un carácter mas imponente al orden de batalla. Si el valor no correspondiera á la talla, entonces podrá alterarse ese orden y colocar al frente y á retaguardia los soldados en quienes se tenga mas confianza.

Es preciso que cada jefe provea á sus soldados de armas y de todo lo que pueda hacerles falta durante la campaña y en los cuarteles de invierno. Cada arquero traerá su cota de malla entera que le baje hasta el tobillo, con sus correspondientes anillos y correas para sujetarla. Tendrá un casco de hierro pulido, adornado en su estremidad superior de una pequeña cresta ó cimera, un arco y su correspondiente bolsa ancha y cómoda de cuero para poderlo llevar; un carcaj que contenga unas 40 flechas, una provision de cuerdas de nervios, una lima y una barrena en la cintura de su arco, una lanza de mediana largura para el uso de la caballería, y que en el medio tenga correas fijas para poderla sujetar en caso necesario, y una espada de forma á la romana suspendida de una bandolera.

Los jóvenes ginetes que no sepan manejar el arco traerán chuzos con un escudo grande, y será conveniente que lleven guantes armados de hierro. Las mantillas de sus caballos estarán adornadas con borlas, y en sus sobretodos campearán pequeñas flamas en la espalda.

En cuanto sea posible deberán tener corazas adornadas y brillantes, el calzado de guerra que llamamos *podopselo*, y una capa.

Tal era el singular equipo de un soldado en aquellos tiempos, y tal la organizacion de aquellos ejércitos, que á manera de nubes de polvo, levantadas por el torbellino, se movian de un lado á otro del mundo conocido sin mas voluntad que la del señor que los impelia á palos.

Cuando despues de la caída de la raza de Carlomagno, el feudalismo se halló completamente organizado, el servicio militar empezó á hacerse de una manera mas normal. El soberano tenia á sus inmediatas órdenes los Duques, Condes y toda clase de altos dignatarios. A estos seguian otros personajes de orden inferior que dependian directamente de dos ó tres Condes, y desde el monarca hasta el último de estos, todos tenian en las capillas innumerables vasallos obligados á servirles con sus personas y bienes.

Cuando el monarca preparaba una expedicion convocaba los altos Barones que debian acompañarlo; estos á su vez convocaban á los de su inmediata gerarquía, y de esta manera se propagaba el movimiento desde el trono al último vasallo.

Cuando mas adelante, en el siglo xii, la mayor parte de las ciudades consiguieron librarse de la jurisdiccion de sus señores y ponerse en manos del Rey, contribuyeron á la formacion de los ejércitos reales con fuerzas compuestas de arqueros y alabarderos. En las compañías que estas milicias formaban empezaban ya á echarse de ver la uniformidad y la disciplina que caracteriza los tiempos modernos. La multitud de cuerpos de mercenarios ó de hombres que dejando toda otra ocupacion se dedicaban al ejercicio de las armas, puestas á disposicion del que mas daba, empezó á dar idea de los ejércitos permanentes, que reuniendo á la práctica y la disciplina de aquellas bandas de aventureros el carácter de estabilidad y de consecuencia, ofrecian incalculables ventajas al que las supiera aprovechar. No es sin embargo posible que en una máquina funcione normalmente una rueda, en tanto que las demás giran con atropellado movimiento.

Veremos cómo las cruzadas contribuyeron á crear y perfeccionar á su modo el estado militar derogando antiguas tradiciones, y creando un nuevo orden de cosas.

S. C.

## FUSI-JAMA, MONTAÑA SAGRADA DEL JAPON.

Con motivo de la embajada que el Japon ha enviado á Europa, se ha despertado la atencion universal hácia ese país, que en medio de su estraña civilizacion ofrece realmente particularidades dignas de estudio, así en las costumbres de sus habitantes, como en la perfeccion de varios de sus artefactos.



Procuraremos recoger de la prensa extranjera cuanto juzguemos de interés por lo que toca á este asunto, y en tanto damos principio con la *subida al volcan de Fusi-Jama, ó sea de la Montaña Sagrada*.

Por primera vez los europeos han profanado la cima que la tradicion religiosa creia inviolable hasta el punto de temer inmensas catástrofes en el momento en que fuera pisada por humana planta.

Muchas fueron por consiguiente las diligencias que M. Alcock, Cónsul inglés en Yedo, tuvo que practicar cerca del Gobierno á fin de que se le concediera autorizacion para visitar aquel sagrado recinto y demostrar la ridiculez de aque-

lla estraña supersticion. Por fin en 5 de setiembre de 1860 pudo ponerse en camino acompañado del Cónsul tambien inglés en Kanagawa, de un botánico, de cinco amigos, y de un verdadero ejército de criados, bagajeros y correos.

Las personas que en el Japon respetan su propio decoro no viajan sino en palanquin; pero nuestros ingleses, despreciando esta costumbre, emprendieron la expedicion á caballo, causando no poco asombro á la multitud que se agolpaba á su paso, pero que no se permitió ni la menor señal de desprecio al ver marchar delante de los europeos un empleado superior de policia agitando gravemente su abanico y las inmensas alas de su sombrero de paja. A la vista de

este *yacomín* la turba se apresuraba á dar del mejor modo que podia señales de respeto hácia los nobles extranjeros.

En la estension de unos 70 kilómetros la cabalgata siguió la carretera de Nangasaki, que se prolonga al borde de la magnífica bahía de Yedo, bajo la sombría bóveda de follaje formada por las ramas de cedros que se elevan á 50 y 60 metros; luego, penetrando en el interior de la isla, principió á subir los montes Hahonis que son como pedestal del gigantesco Fusi-Jama. En ningún país del mundo podria encontrarse un paisaje tan hermoso y variado como en esta parte encantada de la isla. Al salir de una calle de magestuosos árboles, se recorren campiñas cubiertas de floridos



Paso del rio Sang-ra (Cochinchina) y toma de un puente cortado, del cual y sus posiciones, en la orilla opuesta, fué rechazado el enemigo por la vanguardia franco-española á las órdenes del Coronel Palanca el 25 de enero de 1862.

(Dibujado y remitido por nuestro corresponsal el Subteniente de infantería D. Gabriel Lopez de Illana.)

arbustos; luego se entra en un misterioso bosque á cuya salida se ofrece un paisaje enteramente europeo, y se marcha á lo largo de una senda, cuyas sinuosidades están bordadas de madreselvas y margaritas. Esparcidos sobre la verde alfombra de las campiñas y resaltando del oscuro fondo de los bosques, se ven por todas partes pintorescos grupos de hermosas casitas. Antes que la absorta imaginacion del europeo tenga, por decirlo así, tiempo de retroceder á los recuerdos de su patria, se ve sorprendido por un repentino y total cambio de decoracion. Un desfiladero de montañas por entre cuyas escarpadas rocas se desencadena bramando un torrente, se ofrece á su vista y le conduce salvando precipicios á un punto desde donde ve á un lado la mar azulada y al otro la inmensa pirámide del volcan.

Cerca de la cima de los montes Hahonis ocupa el fondo de una meseta circular un lago de dos kilómetros de ancho sobre diez de largo, y allí es donde dicen los japoneses que reside el espíritu malo de las montañas. Allí hay funciona-

rios públicos cuya única mision es no dejar pasar á ningún peregrino el lago en barco por temor de que el espíritu no levante una espantosa tempestad: los viajeros ingleses tuvieron que proseguir el camino á caballo y contornear las orillas del lago. La autoridad civil, ó sea del *dsai-goun*, cesa de todo punto al pié del Fusi-Jama y principia la religiosa: por consiguiente, allí se despidieron de los ingleses los agentes que desde Yedo venian protegiendo su marcha, y los confiaron á la custodia de dos sacerdotes de la Montaña Santa. Por mandado de estos tuvieron que dejar los caballos, vestir el traje de peregrinos y empezar á subir la montaña apoyándose en un báculo que los sacerdotes venden por un ínfimo precio. Las provisiones y equipajes fueron entregadas á ciertos hombres que hay destinados al efecto, que sobresalen por sus fuerzas colosales, y cuyo miserable aspecto dista mucho de justificar el pomposo título de que se revisten.

La primera parte de la subida es bastante fácil; las pen-

dientes suaves, el camino perfectamente trazado y los puntos de descanso que de trecho en trecho se encuentran, hacen olvidar la molestia de la subida. Estos puntos de descanso son á manera de ventas y ermitas á un mismo tiempo, pues sin perjuicio de entregarse á la oracion puede el peregrino comer en ellas muy equitativamente. Desde la novena ermita en adelante el camino se va haciendo cada vez mas penoso; es preciso franquear montones de escoriales, escalar muros de lavas, y atravesar campos de nieve sumamente escarpados. Mas de una vez los viajeros ingleses tuvieron que detenerse durante esta penosa subida, no para admirar el magnífico panorama, como decian, sino en realidad para tomar fuerzas.

El templo de Fusi-Jama es una cabaña sin pretensiones de ningún género, y situada no lejos de la cima: su recinto está lleno de multitud de figuritas de ídolos hechos de lava, y terminando con un sello, con el cual marcan los sacerdotes el vestido de las personas que depositan ofrendas en el



altar. La dádiva de un *uzebon* (moneda de cinco reales y medio) da derecho á la marca del sello de todos los dioses del templo, con lo cual se imaginan quedar para siempre libres de enfermedades de la piel. Los ingleses no se detuvieron mucho en el templo, pues su objeto era subir á la parte mas elevada del cráter. Allí enarbolaron el pabellon de su nacion, tiraron 21 pistoletazos al abismo, entonaron el himno nacional, y brindaron por la patria con Champaña refrescada con nieve del Fusi-Jama. Los japoneses, que nunca habian asistido á tales solemnidades religiosas, se mantuvieron á respetuosa distancia de los extranjeros para no turbar su devocion.

El Fusi-Jama tiene 4,200 metros de elevacion: el cráter presenta cuatro ó cinco kilómetros de circunferencia y unos seiscientos metros de profundidad; hace tres siglos que se mantiene constantemente apagado. Desde el borde de aquella inmensa sima el viajero ve casi á sus piés toda la isla de Nipon, sus largas cordilleras de montañas rojizas, sus dilatados bosques, sus lagos azules, sus plateados rios, sus valles, que se ensanchan en la inmediacion de la costa, y sus escarpados promontorios, que se elevan sobre el Océano.

S. C.

## ENSAYO

SOBRE EL CARÁCTER, COSTUMBRES Y ESPÍRITU DE LAS MUJERES EN LAS DIVERSAS ÉPOCAS HISTÓRICAS.

(Continuacion.)

Vinieron, por consiguiente, las hordas del Norte á modificar su bárbara fiera habitando en climas mas benignos y contagiándose en cierto modo de la molicie que hacia caer el cetro del mundo de las afeminadas manos de los Emperadores de Roma. El cristianismo impuso á aquellos pueblos sus leyes civilizadoras, modificó su carácter y principió á verificar, pero por grados, su cambio radical. Insinuóse blandamente en sus costumbres dejando subsistir por de pronto el espíritu dominante de las mismas. Así es como poco á poco fueron unificándose los intereses de ambos sexos, conservando el mas débil un predominio al constituirse juez de los rasgos de valor del mas fuerte.

Digno es de observarse que en aquella misma época poco mas ó menos, apareció una nueva religion y un pueblo en las regiones de Oriente que consagró el principio de la esclavitud doméstica de la mujer. De manera que cuando se eleva esta al imperio en Europa, queda condenada á eterna esclavitud en Asia. Su servidumbre se extendió, en efecto, por las armas de los conquistadores árabes, como la galantería del Norte se habia extendido por las conquistas de los bárbaros.

Desde aquellos momentos principió á despuntar en Europa el crepúsculo de la caballería. Esta institucion politica y militar fué traída por el curso de los sucesos y la natural inclinacion del ánimo. Su verdadera época principia en el siglo x. La Europa, agitada por la caída del imperio, no habia aun establecido sólidamente las bases de su existencia social. Hacia quinientos años que nada podia decirse que subsistiera de un modo estable: no existia aquella fusion de voluntades é intereses, preciosa garantía de solidez. De la

mezcla del cristianismo con las antiguas costumbres de los bárbaros, nacia un choque continuo en las aspiraciones; de la mezcla de los derechos del sacerdocio y el imperio, una lucha casi constante en la política y en las leyes; de la mezcla de los derechos del Soberano y de la nobleza, un choque á cada paso en el Gobierno; y por último, de la mezcla de los árabes y los cristianos en Europa, un choque en las creencias religiosas. ¿Qué otra cosa que confusion y anarquía podia surgir de tan raros y continuos contrastes? El cristianismo, que habia pasado ya de sus tiempos de fervor, semejante á un resorte medio gastado, tenia fuerza para contener las pasiones frias, pero no era ya bastante vigoroso para reprimir las violentas. Hacia renacer remordimientos, pero no reprimia el crimen. Se hacian peregrinaciones, y de paso se saqueaban pueblos; se pasaban á cuchillo centenares de victimas, y luego se hacia penitencia. El pillaje y la

señal de aprobacion por parte de aquellas. La lealtad y el valor contrajeron íntima alianza: el amor y la probidad se abrazaron recíprocamente.

Las mujeres, celebrando el imperio que acababan de recibir de manos de la virtud, se honraban con los grandiosos hechos de sus amantes, y participaban, por consiguiente de las nobles pasiones que á estos inspiraban. Una eleccion indigna las hubiera mancillado. *La pasion debia tener por elemento el honor; no se llamaba amor lo que no habia pasado por el crisol de la reputacion.*

¿Qué noble altivez, qué simpática ternura no se ve respirar en muchos de los actos en que la belleza puede decirse que ejerció un imperio tan absoluto como blando! De allí tomaron origen aquellas pasiones tan consecuentes que nuestra ligereza, nuestra debilidad, nuestro prurito de correr sin cesar tras de nuevas esperanzas y deseos, nuestro

tédio que nos atormenta y que se fatiga en buscar agitacion sin placer y movimiento sin objeto, apenas pueden concebir y se esfuerzan en ridiculizar en los teatros, en las conversaciones y en los libros. Algo hubo de ridiculo, algo hubo de exagerado en aquella época de *Dios y mi dama*; mas no porque hubiera Dulcineas proclamadas en los corrales de las ventas, ni hidalgos que arremetieran molinos, puede negarse que aquellas pasiones, alimentadas por los años é irritadas por los obstáculos, en las que el respeto alejaba la esperanza; en las que el amor, nutriéndose de sacrificios, se inmolaba incesantemente al honor; no puede negarse, decimos, que ese hábito de domarse, que esa serie de abnegaciones, que esa misma exajeracion (si exajeracion cabe en el amor) del premio á que se aspiraba, vigorizaban y ennoblecian el carácter de ambos sexos, como los degrada y afemina un premio sin prestigio conseguido sin lucha. No

puede negarse que adquiriendo los dos sexos, el uno mas energía, el otro mas elevacion, se sentian mas impulsados, el uno á los actos heroicos, el otro al santo respeto de la virtud.

Ese fué el espíritu de la caballería que, como todo el mundo sabe, dió lugar á una multitud de obras literarias en honor y elogio de la mujer. Los versos de los Trovadores, el soneto de los italianos, el romance de nuestros poetas, las epopeyas de la caballería, las novelas de los franceses, fueron otros tantos monumentos de ese género erigidos en tiempos de una noble barbarie y de un heroismo mezclado de ridiculez y de esplendor. En los espectáculos públicos, en los combates, en los torneos, todo se referia á la mujer; todo era un incesante himno á la virtud de que era capaz, de que procuraba hacerse digna y de la que en realidad nos legó aquella época preciosos modelos.

Las gracias se habian ennoblecido cubriéndose con un púdico velo; Hércules era un despreciable salvaje si no pulsaba la lira con tanta destreza como con rigor la clava. En efecto, ¿con qué amarga ironía, con qué punzante despecho no hablaban los trovadores de una mujer que siendo hermosa no sabia ser pura, ó del guerrero que no sabia detener su brazo sobre el enemigo vencido, ó le vencía en terrenos de mala ley! No era, pues, de temer, que dominada por el



Vista de una parte del Huerto de Jetsemani al pié del monte de las Olivas. (Véase pág. 127.)

disolucion hallaban sombra en que cobijarse. Nos referimos á aquellos tiempos en que una nobleza ociosa y guerrera, poseída de un sentimiento de equidad natural, de inquietud, de religion y heroismo, se asoció para consumir en union de sus miembros lo que la fuerza pública no podia ó no sabia hacer. Su objeto fué ayudar á nuestra patria en su heroica lucha contra los moros; batir á los sarracenos en Oriente; á los tiranos en sus fortalezas y torreones en Francia y Alemania, y asegurar el libre paso de los viajeros (empresa semejante á la que en otros tiempos se dice haber consumado Hércules y Teseo), y sobre todo defender el honor y los derechos del sexo mas débil de las frecuentes opresiones del fuerte.

Un espíritu de noble galantería se desarrolló prontamente en las aspiraciones de una tan noble asociacion. Cada caballero, al consagrarse á una vida de peligros y privaciones, se sometió á las leyes de una mujer que proclamó soberana en su corazon. En su nombre atacaba, defendía ó asaltaba los atrinchamientos, donde la codicia ó las malas pasiones creian poder entregarse con seguridad á sus depravados instintos; en honor de aquella belleza derramaba el caballero su sangre. La Europa entera no fué mas que un vasto palenque, en donde guerreros, adornados de cintas y cifras de sus damas, combatian á todo trance para merecer otra nueva



prestigio de la caballería, ni la mujer ni la sociedad hubiesen venido á caer en el precipicio á donde la llevó el sensualismo, ni en el abismo en que la hundirá el prestigio del oro.

Participando del carácter de aquellos tiempos y aquellas costumbres en que tan de moda eran las grandes empresas y las aventuras, la mujer siguió de cerca los pasos del hombre, y hubo algunas que se distinguieron entre el tumulto de los Ejércitos, y supieron vivir bajo la tienda de campaña. Las cruzadas ofrecieron ejemplos de heroínas poseídas del doble entusiasmo de la religión y el valor. En Europa hubo mujeres que atacaron y defendieron plazas, y no faltaron Princesas que se pusieron al frente de sus Ejércitos, y alcanzaron victorias. Tal fué la célebre Juana de Monfort, que disputó con las armas en la mano su ducado de Bretaña. Lo mismo puede decirse de Margarita de Anjou, de carácter activo é intrépido, y tan á propósito para el mando como para la obediencia. El génio militar de esta señora sostuvo por largo tiempo los derechos de un marido débil; le hizo vencer, lo repuso en el trono, le dió libertad dos veces y no cedió hasta verse oprimida por la fortuna y los rebeldes, después de haber mandado personalmente doce batallas.

Ese espíritu militar entre las mujeres, conforme á aquellos tiempos de barbarie en que todo es impetuoso, porque todo está fuera de su base, y en que todos son escosos de fuerza, se prolongó en Europa por mas de cuatrocientos años, manifestándose de tiempo en tiempo y siempre en medio de grandes convulsiones ó en momentos de tempestad. Pero hubo una época y un país en que ese espíritu se manifestó particularmente, y fué durante los siglos xv y xvi cuando los turcos invadieron la Hungría, y en las islas del Archipiélago y el Mediterráneo.

(Se continuará.)

## UNA TRISTE EPOPEYA!

(Cuatro episodios del sangriento drama que se representa en Siria.)

(Continuación.)

Una religiosa, un cura y quince niñas, de las cuales la mayor no llegaba á los 16 años, se habían refugiado en una capilla, y mientras que la santa hermana arrodillada delante del altar imploraba al Altísimo, el cura, sentándose con el crucifijo de plata colocado sobre el altar, lo extendía sobre las niñas horrorizadas.

La vista del Cristo, de ese Dios de paz y de misericordia, redobló el frenético ardor de los asesinos, y se abalanzaron en tropel contra la religiosa y las niñas; y al levantar uno de ellos su cimitarra sobre el sagrado signo que tremolaba el sacerdote, que acababa de entonar el *De profundis*.... sonó un tiro, y el monstruo profano rodó atravesado el pecho por una bala. Los drusos retrocedieron al mismo tiempo.... y otros tres cayeron en seguida bañados en su sangre.... La hoja de un yatagan tinto en sangre ejecutaba un enérgico molinete.... Un hombre se apareció al pie del altar entre los verdugos y las víctimas; y ese hombre, que inopinadamente se había aparecido allí como el Dios de las batallas, era Abul-Abbas, y otro que acudió en su auxilio.... era Enrique.... Se travó una lucha terrible y desigual.... Los dos nuevos personajes ya iban agotando sus fuerzas, cuando un tercero penetró por una puertecita escusada que permaneció abierta; era M. Lerno, que con una hacha en la mano lanzó un grito de alegría al ver de pie á sus dos compañeros y exclamó: ¡Los drusos huyen!.... ¡Salvemos á estas niñas, Abd-el-Kader acude en auxilio de los maronitas!.... Apareció Malhoun-Khatoun á la cabeza de los drusos. Enrique que atisba al Cheik, rugiendo como un león se abalanza contra él, Abul-Abbas corre á protegerlo, y M. Lerno lo mismo; movimiento que les fué fatal porque en medio de la encarnizada pelea quedaron envueltos y separados unos de otros.

— ¡Muerte! ¡muerte! vociferaba el Cheik.

— ¡Muerte! ¡muerte!... repuso un hombre delgado, de regular estatura, tez morena, elegante y de noble fisono-

mía... era Abd-el-Kader, y añadía: ¡Qué Alah proteja á los francos.... á los cristianos!....

La lucha que se entabló es indescriptible, mandobles, tiros, rugidos, lamentos, humo que sofocaba, y por último, se alzó al aire una inmensa llama rogiza y la capilla ardía.

— ¡Muerte á los *giaours*! ¡Muerte á Abd-el-Kader! exclamó otro dirigiéndose á los drusos... ¡Seguidme! Ese hombre era Osman-ben-Assah el Agah, aquel mismo que Malhoun-Khatoun, el Cheik, había jurado estrangular la víspera.

Abd-el-Kader, Abul-Abbas, Enrique y M. Lerno, cuando cesó la lucha habían desaparecido... Pero el cuerpo de Malhoun-Khatoun yacía tendido á la puerta de la capilla; el Cheik estaba herido por la espalda, lo cual hacía sospechar que había muerto traidoramente.

### XVII.

UN DESCENDIENTE DE JACOB.

Desde que se consumaron las matanzas en Deir-el-Kamar, nadie había osado volver á hollar el suelo de la malhadada ciudad destruida. La obra de exterminio de los drusos había principiado en 3 de julio; se llevó á término en la noche del 3 al 4; y el 30 del mismo mes, esto es, veintiseis días después, la villa ofrecía aun el lúgubre y atroz espectáculo de la desolación: ni un solo cadáver había sido inhumado, ni levantada ninguna casa; los drusos seguían sus mortandades por las montañas, y los maronitas no podían presentarse á la luz del día sin ver la muerte en todas partes erguida contra ellos. La destrucción proseguía su obra; pero sus agentes, degenerados en fieras, no eran dignos del título de hombres; son mas humanos los chacales, los buitres, las águilas, los condores y las hienas. No se oían mas que abullidos siniestros agudos y los chillidos: era, en fin, el horror en toda la espantosa acepción del término.

Como á medio kilómetro de Deir-el-Kamar se elevaba días antes una elegante quinta de recreo con jardín, ahora arruinados; en vano herían el aire los chacales con sus ladridos; nadie respondía en aquel desierto sembrado de cadáveres. Sin embargo, de pronto, y por la puerta derribada de ese fragmento de casa aislada, se deslizó como una sombra, la misma que fué agrandándose poco á poco, y un hombre, arrastrándose con trabajo, se presentó en el umbral.

¿Y quién sería ese hombre de vestimentas hechas girones, de barba larga, inculta y mas blanca que el lampo de la nieve? ¿Quién? Esaú, padre de la bella Noemi. Este hombre examinó el espacio con ojo escrutador, y pareció querer interrogar al cielo.... Después, volviendo á entrar, subió un tramo de escalera en muy mal estado, y entró en la habitación del primer piso; allí había una pieza casi intacta. Esaú se desplomó sobre un diván y empezó á lamentarse exclamando:

— ¡Hija mía! ¡Noemi, Herminia de mi corazón! ¡Esperanza y apoyo de mi ancianidad!.... ¿Dónde estás?... ¡Ah! los drusos, sin duda, te han robado.... ¡Me han arrebatado mi hija y me han saqueado mis tesoros!

— ¡Mis tesoros!.... repetía el viejo judío después de una pequeña pausa. ¡Mis cajas llenas de *dinars*, de diamantes y de perlas! ¡A no dudar el Dios de Abraham abandona decididamente á su servidor!....

El viejo recorrió como pudo la pieza.

— ¡El jardín, dijo con acento conmovido, ha sido saqueado? ¿Cómo saberlo? Los escombros ocultan la entrada del escondrijo que no he venido á cabo á despejar en doce noches de trabajo.... ¡Ah, mis tesoros.... mis tesoros!....

Luego, tomando una solución, empuñó una barra de hierro, y se entregó con abinco á la penosa tarea de querer despejar la entrada del escondrijo tapada con tanta ruina.... pero tuvo que volver á desistir por cuanto que había piedras tan enormes que ni siquiera las podía mover.... Quedó pensativo, y después de un rato le asaltó otra idea; volvió á subir la ruinosa escalera, y del cajón de una mesa que abrió sacó una bolsa de cuero llena de pólvora; bajó al jardín, hizo un hoyo profundo lo mas cerca que pudo de la boca del escondrijo, añadió una cuerda de cáñamo atada en una caja, con eslabon y pedernal encendió un pedazo de yesca y lo aplicó al otro extremo de la larga cuerda, retirándose él después lejos y en sitio seguro á esperar la explosión. Esperó.... y transcurrieron algunos minutos.... Por fin, un fogonazo rojizo y amarillento, acompañado de una detonación bastante fuerte que resonó en el aire, echó á

volar todos los escombros como plumas. Esaú volvió corriendo al sitio donde había estallado la mina, y se encontró franca la entrada de su escondrijo; en seguida se deslizó dentro exclamando:

— ¡Oh! Dios de Abraham, ¿por qué no me infundiste esta inspiración hace dos días?... ¡Mis tesoros!.... ¡Mis queridos tesoros!....

Esaú no tenía entonces un recuerdo para su hija, y debajo de esa oscura bóveda tentó un anillo y levantó una pequeña trampa diciendo: ¡ah, qué dicha! No han registrado. ¡Todos mis tesoros están aquí!

Esaú salió de aquel sitio y volvió á disimular, como pudo, la entrada del subterráneo, por haber creído oír ruido de caballos que se acercaban galopando, y se subió al cuartito asomándose á la ventanita; en efecto, á poco, y procedente del camino de Damasco, vió venir á viva carrera un ginete negro. Cuando llegó á la puerta detuvo en seco su caballo, y apeándose entró resueltamente en la derruida casa llamando á Esaú.

— ¿Quién me llama? dijo el viejo.

— Yo, Ali, el enviado del Cheik, repuso el negro.

— ¿Qué quieres? ¿Puede saberse?

— Hablarte de tu hija.

— ¿De mi hija querida! ¿La has visto? Sí. ¡Luego según eso vive! ¡Oh, qué dicha!

— La he visto, Esaú, y la he dejado en el harem del Cheik.

— ¡Mi hija!.... ¡Una hija de Israel en el harem de un druso!

— ¿Quieres comprar su libertad?

— Malhoun-Khatoun me propone un tráfico, dijo con desconfianza.

— No es Malhoun-Khatoun, sino Osman-ben-Assah.

— Tú me has dicho que el Cheik.

— Es cierto; pero tal vez ignores que el primero ha muerto, y el segundo ha sido nombrado Cheik después del triunfo alcanzado sobre los *giaours*; el Bajá le ha otorgado todos los bienes y los títulos del difunto Cheik, y hoy es el primero de nuestros magnates.

— ¿Y mi hija se halla en su poder? ¿Y cuánto pide por devolvérmela?....

— Cincuenta mil *dinars* en oro, ó la suma equivalente en diamantes, á tu elección.

— ¡Dios de Abraham! exclamó Esaú.... ¿Dónde hallaré yo semejante suma? Yo que estoy arruinado, pues mis dos casas han sido saqueadas y quemadas!.... ¡Ya nada poseo, no soy mas que un pobre anciano! Que me pidan la vida en ambio de la de mi hija; pero ¡cincuenta mil *dinars* en oro!

— Bien; pues como no me los cuentas antes que se levante el sol de mañana, tu hija morirá.

— ¡Hija mía de mi alma!

— Osman-ben-Assah te concede doce horas para decidirte, y si no puedes abonarlo en oro, paga en diamantes.

Era noche oscura, rara cosa en Oriente; pero el cielo estaba cargado de nubes, y la luna en su menguante carecía de fuerza para romper la capa de vapores que se interponía entre sus rayos y la tierra; los chacales y las hienas continuaban su lúgubre concierto.

La puerta de la casa de Esaú se abrió lentamente y apareció el anciano seguido del eunuco negro.

— Hé aquí los diez mil *dinars* en diamantes que Osman exige en el acto, y la promesa escrita de pagar al regreso de mi hija otros cuarenta mil en oro, dijo el judío entregando al esclavo un paquetito y un papel sellado.

Ali guardó uno y otro, bajó al jardín, montó á caballo y partió á galope. Esaú le fué siguiendo con los ojos hasta perderlo de vista en medio de las tinieblas, y luego, volviéndose á meter en su cuarto: ¡Noemi, Herminia querida!.... exclamó; que el Dios de Abraham te proteja y defienda!.... ¡Cincuenta mil *dinars*! ¡sí! Pero en cuanto á las piedras preciosas del inglés, perdonad por Dios, ¡pues los drusos todo me han saqueado! ¡Y Paterson me reclamó nada menos que diez mil libras esterlinas en pedrerías!

Ali corría siempre, la noche seguía oscura; y al rayar el alba Jamiah apareció triste y solitario á sus ojos sobre la vertiente oriental del Líbano, pueblo donde pensaba mudar de caballo el emisario de Osman-ben-Assah para continuar su camino por la llanura hasta Damasco.

Todavía le faltaba franquear una garganta estrecha y



tortuosa para ganar á Jamiah; su corcel flaqueaba de cansancio y el ginele le animaba.... se encontró con un pequeño barranco que fué menester saltar.... el noble bruto le salvó con un gracioso bote; pero apenas llegado al otro lado sonó un tiro, y el caballo cayó redondo al suelo con un brazo roto, disparando al negro á algunos pasos con un muslo traspasado por la misma bala que derribó al caballo.

El eunuco, mal herido, sin embargo, exhaló una exclamación energética, y levantándose como pudo, sacó su *yatagán* para defenderse.... pero al ir á buscar al enemigo no vió nada; entonces, conociendo que era una emboscada echó á correr por el desfiladero herido y todo con el arma en la mano, y cuando ya iba á salir, un segundo disparo le envió una bala que le rozó, silbando, una oreja. El eunuco se volvió hácia donde salía una ligera y blanquecina nebulilla de humo para acometer al agresor: entonces, un hombre en traje de árabe, con la cabeza envuelta en el capuchon de su albornoz, tanto que no era posible descubrir sus facciones, se presentó ante el negro, y arrojando su carabina, empuñó su *yatagán*, empuñándose una lucha terrible; entrambos adversarios no dudaban de que ese combate había de ser mortal para uno de ellos. Los aceros brillaban á los primeros fulgores del naciente día; entrechocábanse con ímpetu las hojas haciendo volar miriadas de chispas, y los dos enemigos se acometían con igual frenesí. Roncos suspiros se exhalaban de aquellos pechos abrasados de ira: Allí tenía entre los suyos una reputación grande para manejar las armas, mas no le iba en zaga su adversario, incomparable esgrimidor y tirador consumado. Trascurrieron todavía algunos segundos.... El combate ó la victoria era dudosa.... Por fin.... Allí dió un grito, retrocedió un paso y cayó desplomado, estendidos los brazos y la cara contra el suelo. El *yatagán* de su enemigo le había abierto el cráneo. Entonces el hombre, siempre encubierto, saltó encima del negro moribundo, acabándolo de una puñalada, y lo registró con cierto frenesí: halló el paquetito de pedrerías y se lo guardó; lo volvió á registrar y encontró la esquila cerada; lo examinó todo minuciosamente y se lo guardó con una especie de murmullo de satisfacción y alegría, después de lo cual, sin descubrirse, empujó rudamente el cadáver con el pié, el cual fué á parar á un abismo; acto continuo, embozándose en su ancho albornoz como un senador romano, volvió á emprender con paso acelerado el camino de Jamiah.

El sol se había alzado radioso poco hacia iluminando aquella escena dramática.

(Se continuará.)

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

## MIS SOLEDADES.

(EN LOS BOSQUES DE LUZON.)

ODA.

¡Soledad! ¡Soledad! Yo te bendigo

Y en tus brazos me duermo,

Para ver si consigo

Algun alivio al corazón enfermo,

De pesares herido

Y de tormentas fieras combatido.

En la revuelta y seductora Europa,

Apuré hasta las heces

Del amargo dolor la ingrata copa.

Y las ardientes preces

Que al cielo dirigía,

Pensé en mi ceguedad, no las oía.

¡Dios me escuchó! La nave salvadora

Hizo crujir la espalda de los mares,

Y tierra que enamora

Me ha devuelto la paz y los cantares,

Suavizando las penas

De que se encuentran mis memorias llenas.

Vagando solo del otero umbrío

Por la espesa maleza

Salpicada con perlas de rocío,

Adoro mi tristeza,

Que á las selvas me sigue

Y en todos los momentos me persigue.

No me turba del mundo

Ni el agitado afán ni los enojos,

Y mi dolor profundo

Puedo dejar que salga por los ojos,

Sin que el vulgo insolente

Se mofe de mi lágrima candente:

Que tiene el padecer su poesía

Y es del dolor solo el dolor consuelo.

¡Bendito siempre el día

En que pisé este suelo,

Y hallé por horizontes

Calladas selvas, solitarios montes!

¡Y se perdona! Mucho he perdonado

Cuando las verdes cumbres

Enrojece del sol rayo violado

Con sus nacientes lumbres,

Y cuando en el ocaso

Entre vapores de oro se abre paso.

¡Soledad! ¡Soledad! Solo te pido

Y por piedad imploro,

Que no borren las sombras del olvido

Una imagen que adoro,

Pues con ella deliro

Aunque ofuscado en lágrimas la miro.

¡Soledad! ¡Soledad! Es la postrera

Después de ella la nada:

Y antes morir quisiera

Que ver esta memoria arrebatada,

Pues me da aliento y vida

Y aun ¡mas allá! risueño me convida.

SERAFIN OLABE.

## SANTOS LUGARES.

Dos vistas publicamos en este número de localidades que la piadosa ternura no puede menos de recordar con el mas alto interés, sobre todo durante la semana en que se celebra recuerdo de los sublimes misterios de la humana redención.

Una representa la parte de aquel huerto inmediato al monte de las Olivas, en donde el Salvador, ofreciéndose al paso de los que venían á prenderle, pronunció el *¿quem queritis?* (¿á quién buscáis?), como dando á entender que en su omnipotente mano estaba el dejar consumir ó no el sacrilego atentado que meditaban. Allí era donde, después de haber pasado el día colmando de beneficios al pueblo, se retiraba por la noche á hacer oración; y allí posteriormente establecían su piadoso campamento durante la noche las numerosas cuadrillas de peregrinos que las grandes solemnidades religiosas atraían á Jerusalem.

Los olivos que allí existen, y que fielmente son representados en el dibujo, acreditan una tan remota antigüedad, que no falta quien supone ser los mismos á cuyo pié oró el Salvador del mundo

El Mariscal Marmont, refiriéndose á esa localidad que visitó personalmente, se espresa en estos términos:

«Ocho olivos subsisten en pié, probablemente los mismos que existían en tiempo de Jesucristo. Dos de ellos tienen 25 piés de circunferencia. Sabido es que el olivo vive mucho tiempo y verifica su desarrollo con suma lentitud. A la sombra de esos mismos árboles fué por consiguiente donde Jesucristo reposó, habló con sus discípulos, y fué abandonado de ellos cuando lo prendieron.»

M. de Chateaubriand calcula que los ocho olivos son por lo menos de la época del Bajo Imperio, y M. de Lamartine opina que si no son los mismos troncos, serán probablemente vástagos de aquellos árboles sagrados.

Los cristianos que después de la destrucción de Jerusalem por los romanos vinieron á tomar posesión de las ruinas de aquella ciudad y del Santo Sepulcro, conservaron á costa de mil peligros esas sagradas localidades hasta el reinado de Adriano; y el reconocimiento auténtico del sepulcro del Salvador con arreglo á la tradición, dió lugar en tiempo de Constantino, y por orden de este Emperador, á la edificación de una iglesia conmemorativa, y en las escavaciones que allí se practicaron fué encontrada la cruz, aquel sagrado leño de cuyos brazos pendió el precio del mundo.

No existe ya la iglesia edificada por Constantino, y en su lugar otras han sido levantadas y destruidas durante las guerras de que los Santos Lugares han sido teatro.

¿Qué peregrino visitará aquellos sagrados monumentos sin ir á Nazareth á doblar la rodilla sobre el solar que ocupó la casa de la Virgen; casa que, según la tradición, fué milagrosamente trasladada primero á Dalmacia y luego á Loreto?

Esta es la otra localidad que el exacto lápiz del dibujante especial que enviamos á Siria, cuando los tristes acontecimientos de los drusos, copió y que hoy tenemos la satisfacción de ofrecer á nuestros lectores.

## SEPULCROS INDIOS.

Cerca de Arica, en el Perú, acaban de encontrarse antiguas tumbas que presentan un fenómeno seguramente único en el mundo. Los cadáveres se hallan reducidos al estado de esqueletos, y ostentan todavía restos de telas y adornos de oro y plata; pero lo extraño es que sus ojos se hallan petrificados y conservan toda la apariencia de la vida; encuéntrase en su estado libre en las órbitas ó caídos según la diversa posición del cadáver: todas las demás sustancias blandas han desaparecido, solo restan aquellos órganos pero tan claros, tan limpios y tan vivos como en su estado primitivo.

La sustancia del globo del ojo, es de un color blanco con algunas ramificaciones amarillas, y tiene la dureza del mármol.

La pupila ofrece la transparencia de una materia córnea y conserva un hermoso color pardo verdoso; espuesta á la luz parece iluminarse con un fuego interior, y ofrece algo de fantástico. La parte posterior del ojo, limpia de las membranas opacas y córneas que la rodean, presenta la exacta apariencia y la dureza de un pedazo de ambar amarillo, y sería muy fácil confundirla con esa sustancia.

Estos sepulcros han sido descubiertos en un arenal en el país de los Huacos, su profundidad es como de seis piés; se hallan revestidos de una pared de piedra que termina en una bóveda. En lo exterior nada revela su presencia.

## LOS CAZADORES DE BISONTES.

### CAPITULO XVII.

Cacería á la vicuña.

(Continuacion.)

Esos guanacos son animales magníficos; es una buena caza, como lo es el mismo ciervo. Hay sin embargo entre ellos una gran diferencia, porque mientras no se les halla juntos sino en número de seis á diez, ó á lo sumo doce, las vicuñas, por el contrario, se reúnen con frecuencia en manadas de cuarenta á cincuenta. Las dos especies tienen también en sus costumbres algunos hábitos enteramente opuestos. Los guanacos viven en las rocas escarpadas. No se creen libres sino cuando pueden saltar de abismo en abismo por algunas veredas impracticables, sobre picos á donde no puede llegar el hombre. Pero muy al contrario, si se los lanza sobre una planicie sin obstáculo, cubierta de verdura, se hallan entumecidos y no saben correr: parece que sus pezuñas están hechas solamente para las montañas. Por otra parte las vicuñas no se defienden bien del ataque del hombre sino en un terreno horizontal; allí huyen con la rapidez de los ciervos al ver los cazadores y los perros. Como veis, estas dos especies, á pesar de sus lazos de familia, difieren entre sí en que la una solo vive en el centro de las mesetas llanas de los Andes, y la otra en medio de las sinuosidades insuperables de las cordilleras montañosas. Además la naturaleza les ha provisto de una manera adecuada á su posición en el país que les está destinado.

Nuestro amigo interrumpió en este momento al narrador, y con su permiso nos dijo que había observado con frecuencia un hecho análogo á este entre algunos cuadrúpedos de una especie enteramente diferente, que pertenecía marcadamente á la oveja montés de la América del Norte.

«Los animales de que quiero hablarlos, dijo, no se encuentran mas que en la región de las montañas pedregosas. Son muy familiares á nuestros camaradas los cazadores. Se les llama cabras monteses (*ovis montana*), y el antilope de cuernos torcidos, (*antilopes furcifer*). El revezó está clasificado en la especie ovina. Sin embargo, estrictamente hablando, se asemeja mas á los ciervos y camellos. Como este último ru-



miente, habita en la cima de las montañas, sobre los declives escarpados de esta cordillera inmensa: no le gusta vivir en ninguna parte mas que allí, ni podrian tampoco trasportarse uno ó mas de estos animales en medio de una planicie. Inmediatamente pierden toda confianza en sí mismos, y nada hay mas fácil que apoderarse de ellos. En la base de las montañas, sobre cuya cima el animal se contempla en plena libertad, es donde el cazador encuentra el antilope, que se le parece un poco por la forma, el color del pelo y las costumbres; no se diferencia mas que por la necesidad que experimenta de poder marchar sobre una planicie cercada por un horizonte llano y distante. Allí es solamente donde él se cree libre y dispuesto á defender su vida. Ved, pues, cuánto difieren en el modo de vivir estos dos seres casi de la misma especie. Por eso no me sorprende, mi querido Thompson, que los guanacos y las vicuñas tengan relaciones tan directas con nuestros antilopes y nuestros revézos.

Hé terminado: podeis continuar, dijo M. A...

Thompson, con la flema que le era natural, volvió á tomar el hilo de su narración en estos términos:

Nos apresuramos á flanquear aun algunas veredas intrincadas, abiertas sobre el flanco de un peñasco, y llegamos al indio y yo á la entrada de una llanura, donde, segun esperaba mi guía debíamos encontrar las vicuñas. No nos engañamos en nuestra esperanza. Delante de nosotros, á 200 metros de distancia, pacia tranquilamente una manada de estos cuadrúpedos. Era un hermoso espectáculo; y su magistoso aspecto me recordó el de los magníficos ciervos de nuestros

bosques de Europa. Rigorosamente hablando, se les hubiera podido confundir con estos últimos animales, cuando en cierta época del año se caen sus cuernos. Lo cierto es, que de todos los animales, excepto el antilope, el que mas se aproxima al venado es sin contradicción la vicuña.

La lama, el guanaco y la vicuña están muy lejos de tener proporciones semejantes. La forma de la vicuña es esbelta, su marcha ligera y rápida; y lo que añade todavía mas á esta semejanza con el ciervo, es la longitud del cuello y la construcción de la cabeza. El color de este animal es tambien particular á la especie, y para los que habitan el país, nada hay mas fácil que distinguir en medio del campo el vestido sedoso de una vicuña, pardo anaranjado, que se destaca á lo lejos sobre el horizonte, formado de rocas ó de verdura. Este color es tan admirable, que en el Perú el color de la vicuña es una calificación especial.

Mi guía cazador habia manifestado que los animales que teníamos á nuestra vista eran vicuñas: habia cerca de una veintena, que todas, á escepcion de una sola, rumiaban pacíficamente las yerbas de la llanura. El animal que no pacia marchaba el primero á cierta distancia de los otros y parecia hacer el oficio de centinela. Efectivamente, hacia su facción á fin de llenar sus deberes de jefe de la manada y de padre de las vicuñas que le rodeaban. Teníamos delante de nosotros al patriarca del rebaño, y los demás animales, segun el dicho de mi compañero, no eran mas que cervatillos ó ciervos.

La vicuña macho tiene hábitos un poco orientales. Ejerce

la poligamia y defiende su serrallo con un furor de que no puede formarse una idea. Él vela sobre la familia, mientras que ésta padece ó duerme; él escoje y designa la pradería donde se va á hacer alto para descansar ó pacer; él es en fin el que marcha en las escursiones á la cabeza de las descubiertas, y el que huye el último, protegiendo la retaguardia, cuando la manada se ve perseguida.

—Quiera Dios, señor, me dijo el cazador, que no perdía de vista la manada de vicuñas, que yo tenga la suerte de matar al viejo macho: yo concluiré bien fácilmente con las demás, y las mataré todas unas tras otras.

—¿Cómo eso? le pregunté.



Vista de Nazareth. (Véase pág. 127.)

—¡Oh! continuó; es que... ¡Ah!... Hé aquí precisamente lo que yo deseaba.

—¿Qué es, pues?

—¡Hélas allí que se ponen en marcha hacia aquellos peñascos que veis allá abajo; y me mostraba un grupo de piedras toscas semejantes á algunos monumentos druidicos, que se levantaban del suelo en uno de los ángulos de la llanura: es necesario dirigirnos allá. ¡Vamos!

Nos fuimos deslizand por consecuencia cautelosamente por todo el circuito de la montaña hasta los peñascos que se hallaban entre nosotros y la manada de vicuñas. Una vez que nos vimos allí, nada fué mas fácil que escondernos entre sus piedras, y tomamos posición de uno de ellos, que tenia por medio una especie de quebradura que nos servia de tronera.

Era el mejor sitio para hacer la puntería que podia desearse.

El momento era solemne, porque los animales estaban cerca de nosotros á tiro de escopeta. Tenia en mi mano mi rifle de dos tiros, cargado cuidadosamente con postas, y mi compañero acariaba amorosamente la culata de su escopeta de fábrica española.

Me dió al oído las instrucciones necesarias para salir bien de nuestra caza. No debía yo disparar antes que él; y mi primer cuidado debía ser matar al viejo padre, al cual apuntaba él mismo tambien. Este era el punto esencial para salir victoriosos, y le prometí obedecerle lo mejor que pudiese.

Las vicuñas, ignorando el peligro, seguian avanzando,

yendo el macho delante. Llevaba erguida la cabeza, dejando flotar al viento las largas sedas de su pecho. No le perdíamos de vista. Estaba tan cerca de nosotros, que se podia fácilmente distinguir sus ojos brillantes y su marcha orgullosa cuando se volvía para hacer señal á su familia de que le siguiese.

—Todo me inclina á creer que los gusanos le atormentan, me dijo en voz baja mi compañero; y en este caso va á venir á rascarse contra el peñasco.

Esta era en efecto la intencion de la vicuña, pues la vimos alargar el cuello y avanzar á pequeño trote hasta algunos pasos de nosotros. Despues se detuvo de repente. Nos

favorecia el viento; nos traía las emanaciones del animal, y esto era una suerte, porque si hubiera sido al contrario, nos hubiera venteado hacia tiempo. Sin embargo, la vicuña tenia una vaga sospecha, porque se paró, levantando la cabeza, golpeando varias veces la tierra con el pié, y dió un balido extraño, que parecia equivocadamente al del ciervo que brama. En el mismo instante la escopeta de mi compañero hizo fuego: fué el eco del balido de la vicuña macho, que resonó en las montañas cuando esta cayó muerta.

Esperaba que las otras huyesen é iba á mi vez á disparar mis dos cañones á la bandada llena de espanto, aunque estaba á una gran distancia, cuando la mano de mi guía me impidió poner en ejecución esta veleidad tan natural.

—No dispareis, me dijo el indio al oído; vais á tener mejor suerte dentro de un instante. ¡Mirad!... ¡Fuego ahora si quereis!

Con gran sorpresa vi que las vicuñas, en lugar de emprender la fuga, avanzaban trotando hacia el sitio donde el viejo macho yacia muerto. Le rodeaban parándose á intervalos delante del pobre animal y lanzaban balidos que partían el corazón.

Era en verdad un triste espectáculo; pero el cazador no tiene compasión, sobre todo cuando delante de su vista tiene caza. Un segundo me bastó para montar, apuntar y disparar mi escopeta de dos cañones: los dos tiros fueron certeros, é hicieron cada uno una víctima.

A pesar de la doble detonación, cuando se dispó el humo percibimos todavía parte de la manada, golpeando la tierra con sus piés. La otra seguía corriendo alrededor del cadáver del macho.

Un tercer tiro hizo otra víctima, y sin interrumpir el fuego, al cabo de diez minutos teníamos por tierra muertas ó moribundas todas las vicuñas de la manada.

Habia, pues, terminado nuestra caza, y mi compañero estaba lleno de gozo porque ella debia producirle cerca de cien dollars (2,100 rs.)

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.